

HAITÍ, QUISQUEYA; LOS LÍMITES DE LA INSULARIDAD (1630-1916)*

Por
Jean-Marie Théodat**

RESUMEN

En este artículo se realiza un estudio de corte histórico donde se analiza el concepto de insularidad, según el punto de vista de dos países, Haití y República Dominicana. Ambos separados por una frontera política, que a su vez marca también la diferenciación de dos culturas, una criolla y otra indígena, y dos sistemas geográficos. Entre ellos perciben la insularidad no sólo como un hecho físico, sino como consecuencia de las prácticas sociales imperantes.

ABSTRACT

This article is a short historical study which analyzes the concept of insularity from the point of view of two countries, Haiti and Dominican Republic. These are separated by a political frontier, which at the same time marks a boundary between two different cultures, one creole, and the other indigenous, and between two geographic systems. Among other things, insularity is perceived not just as a physical fact, but as a consequence of the reigning social practices.

La República de Haití y la República Dominicana forman dos países separados por una frontera política (el río Masacre en el norte, y el río Pedernales en el sur; toda la parte central, ocupada por los haitianos desde 1844, quedó por mucho tiempo en la indeterminación provisional). La frontera separa, igualmente a dos culturas (una criolla y otra indígena), dos sistemas geográficos (uno campesino y rural, el segundo con tendencia capitalista y urbana); en suma, dos Estados-naciones, compartiendo una frontera nacida con la llegada de los colonos franceses en 1630 a la isla Española, reforzada por la ocupación estadounidense de la isla en 1916.

* Traducido del francés por Danielle Wynants.

** Geógrafo de la Universidad de París X.

Los dos países se comportan uno hacia el otro como si estuvieran separados por el mar. Por lo que se deduce que la insularidad no es sólo un hecho físico. Puede derivar de las prácticas sociales y opera según criterios que no son de espacio, ni de territorio. Los mecanismos de insularidad nacidos de las prácticas sociales, se imponen más al espíritu que los que tienen su origen en la naturaleza, en la verdadera insularidad. ¿Haremos de una isla un archipiélago?

LA PARADOJA DE UNA FRONTERA MERIDIANA CORTANDO LÍMITES: UNA FRONTERA IMPERIAL VUELTA BARRERA ENTRE DOS NACIONES

Nos llama la atención las desigualdades entre la parte este y el lado oeste de la isla cuando la abordamos, sea por tierra o por mar. Ya en el siglo XVIII, Moreau de Saint-Méry evocaba el contraste drástico entre las dos colonias, que en esa época, los términos de comparación eran más favorables en la parte occidental.

Cuando llega uno de Europa al cabo, aterriza en el cabo Samaná, si no al cabo Francés Viejo, y es de allí que uno dirige su ruta hacia el cabo El Granjero, bordeando la costa [...] Pasando a lo largo de la costa española, llama la atención la elevación de las tierras de esa parte, donde está el grupo de El Cibao; pero no tenemos a la vista más que un país deshabitado, salvo cuando llegamos al pequeño poblado de Monte Cristi. Descubriendo la parte francesa, el aspecto cambia [...] distinguimos construcciones y lugares cultivados. Sobre las montañas divisamos las casas, los plantíos, los bosques, y se reconoce la estancia del hombre y del hombre industrial [...] A medida que continuamos, captamos la desembocadura del río Masacre y el triste reducto donde los españoles mantienen una guardia con algunos hombres [...] Si nos quedamos en esa costa, durante la noche, fogatas que brillan en cada punto, anuncian las casas-habitaciones [...] La brisa que viene de la tierra lleva un olor suave hasta el barco donde el alma es entregada a las más dulces sensaciones.

A principios del siglo XVII, fue que se dio la ruptura de las relaciones entre los dos territorios coloniales: por todos los medios (saqueos constantes en los campamentos de los bucaneros sobre la costa, acoso de los filibusteros), los españoles querían desalojar las instalaciones francesas sobre esta isla que consideraban legítimamente, según los criterios de la época, como suya; mientras que los franceses multiplicaban los actos de cacería furtiva sobre los hatos, y de piratería a expensas de los galeones que pasaban a la altura de la isla de la Tortuga, guardada de los “hermanos

de la costa". Era ante todo, en razón de su situación estratégica, que la isla atraía las codicias de los franceses, y que los españoles no obstante instalados de una manera sólida sobre el continente (México y Perú), y teniendo riquezas más importantes, rehusaron ceder. Son consideraciones externas con posibilidades intrínsecas al territorio, que la convirtieron en manzana de la discordia entre las dos potencias coloniales.

Al inicio no había un verdadero sentimiento de pertenencia al territorio, pues los hombres que se instalaron allí esperaban tan sólo el momento de salir de él: algunos, tan pronto se enriquecieran, otros, una vez que los hubieran suspendido de sus funciones oficiales de la defensa del desarrollo del imperio. A los colonos les faltaba ese sentimiento de aislamiento que creara en ellos una verdadera identidad insularia porque:

si el mar es multipresente en las representaciones del territorio de los insularios, lo es como límite, como límite de la tierra. Habitar una isla es vivir sobre una tierra irremediamente limitada; de hecho recientemente, y aún de manera relativa, es que el hombre ha logrado imponerse sobre el mar. El arraigamiento en el espacio reviste, en la isla, grandes particularidades. Cuando vemos por ejemplo un mapa de Polinesia, esa inmensidad de agua cubierta de tapones frágiles de tierra, esos vacíos entre las islas, nos imaginamos la búsqueda de la certidumbre tranquilizadora de un suelo [...] En Polinesia, las genealogías hablan de la sucesión de las generaciones y también la relación de cada una condeterminada parte de la isla, o tal pendiente de la montaña. Es el anclaje real y físico del hombre sobre un punto fijo. Anclaje en el universo sentido ciertamente más claramente a partir del suelo cuando éste es limitado, perdido en el mar inmenso (Jean Poirier, Simone Clapier-Valladon, 1987).

Como estaban unidos a una metrópoli que constituía para ellos, más allá que una salida para sus exportaciones, una referencia mayor concerniente a su seguridad, su cultura, su pasado y su futuro, los colonos —tanto franceses como españoles—, no podían desarrollar frente a la tierra quitada a los indígenas, un mismo sentimiento de pertenencia. Hanbrían roto, —sobre todo los españoles—, un equilibrio frágil entre el hombre y la naturaleza que ya no se encontraría después.

La introducción por parte de los europeos de animales (caballos, mulas, bueyes, puercos, cabras, etcétera) sin predadores naturales, modificó irremediamente el ecosistema de la isla. Esto además afectó a los primeros pobladores, cuyos cultivos sin bardas padecieron de la divagación del ganado vuelto salvaje porque los conquistadores lo habían liberado.

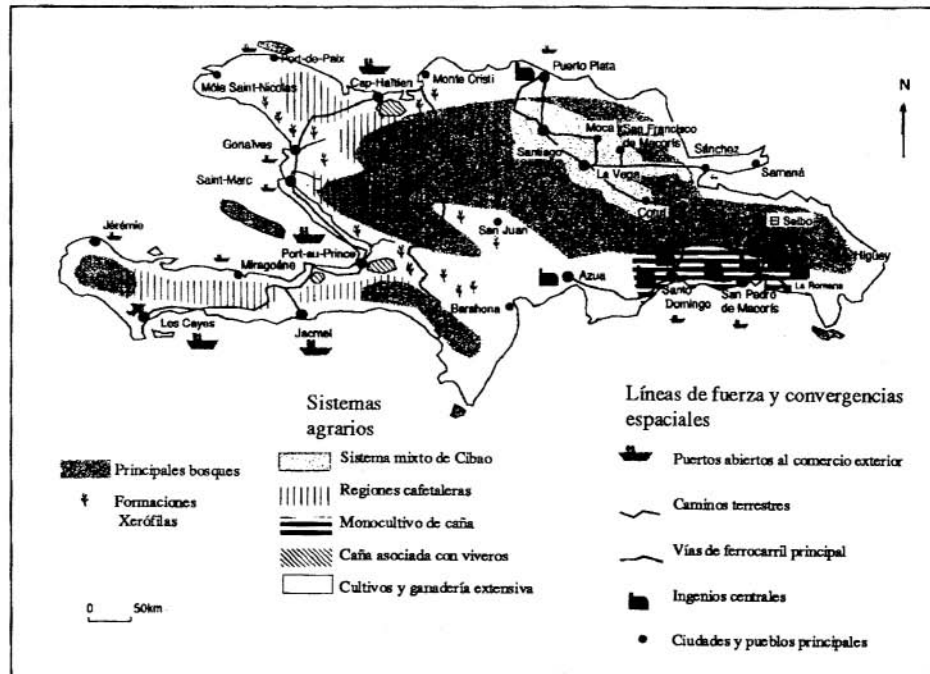


Figura 1. Sistemas regionales alrededor de 1915.

UNA FRONTERA CORTANDO LOS LÍMITES

Con 77 253 km², la isla es más o menos tan grande como Panamá (77 080 km²), es la segunda en importancia en las Antillas después de Cuba (110 861 km²), y antes de Jamaica y Puerto Rico (10 990 km² y 8 900 km², respectivamente). Su longitud máxima es de 650 km del cabo Irois al cabo Engaño, y 250 km separan al cabo Beata al sur, del cabo del Morro en el norte. Más que la extensión, el volumen del relieve contribuye a reforzar los factores de diferenciación regional. De hecho, es la isla más montañosa de las Antillas, debido al volumen de su relieve y a la intensidad de su orogénesis. Constituida por poderosas barreras rebasando a menudo los 2 000 m, las montañas están erguidas una tras de otra como para detener los vientos alisios. De norte a sur, éstas son: la cordillera Septentrional, la cordillera Central (llamada macizo del Norte en Haití, girando al este para dar nacimiento a dos montañas: la cordillera Oriental y la cordillera de Ocoa), las montañas Negras, la sierra de Neiba, y por último la cordillera Meridional, compuesta por los macizos de la Hotte, de la Selle y del Bahoruco. Orientadas del sureste al noroeste, son sierras con pliegues y fallas, nacidas en la época terciaria (cretáceo) y cuya altura rebasa a veces los 3 000 m, como el pico Duarte (3 175 m), punto más alto del archipiélago de las Antillas.

Entre las sierras se desarrollan llanuras bajas más o menos extensas, cuencas que reciben los torrentes que caen de las montañas cercanas y que depositan allí un limo fértil y fino. La llanura más célebre, El Cibao, impresionó a Cristóbal Colón por su belleza y el cuidado con el cual cultivaban los indígenas; ésta se prolonga en territorio haitiano por la llanura del norte. Sobre las laderas del sur y del oeste de la cordillera Central, se desarrollan las cuencas de la planicie central y del valle de San Juan, prolongándose hacia el este en la llanura de Azua. En el sureste, la llanura azucarera de Santo Domingo está enmarcada por las cordilleras Oriental y de Ocoa. Las llanuras de Cul-de-sac, de Leogane y de los Cayes —las más notorias del lado haitiano—, son de tamaño mucho más reducido que las llanuras de la parte oriental.

La orientación perpendicular de los trazos del relieve en relación con los vientos dominantes, (los alisios soplando en dirección norte-noreste), ha creado una diversidad de ecosistemas correspondientes a condiciones más o menos favorables. La geografía de la isla limita las influencias marítimas a algunas pendientes bastante expuestas, mientras que las zonas bajas y las pendientes que reciben los vientos son de una marcada aridez.

Sin los vientos Alisios, las Antillas serían un archipiélago desértico, como las islas Canarias o las islas de Cabo Verde. En los lugares donde

las influencias suavizadoras de estos vientos no se hacen sentir, provoca una situación similar, reforzada por la posición de refugio, como en la sabana desértica, y las orillas de los grandes lagos, lugares de una verdadera aridez que extraña, al descender hacia esa depresión, viniendo de la vertiente norte de la Selle.

A un nivel más alto se observa una gran variedad de condiciones climáticas, donde se pueden contrastar esquemáticamente las tierras altas de bajo nivel. Sin ser realmente claro, y sin corresponder a la frontera política, hay un gradiente pluviométrico este-oeste que muestra un contraste entre Haití y la República Dominicana. De hecho, en Haití, las influencias marítimas se degradan muy rápidamente a causa de su ubicación, que hace que sólo llegue el curso final de los vientos del noreste.

Gonaïves, situada en la misma latitud y con una altitud equivalente a la de Samaná, recibe cinco veces menos lluvia que esta última. Asimismo, podemos distinguir dos grandes zonas de fuerte pluviosidad: las tierras altas de la planicie central, con más de 1 500 mm de precipitación anual y las cumbres de la península del sur, donde los totales pueden localmente rebasar los 1 900 mm sobre la vertiente del Caribe. En las llanuras más resguardadas (la llanura de Cul-de-sac, por ejemplo) las condiciones son muy diferentes y los totales descienden a menos de 400 mm al año.

La República Dominicana oriental, con un relieve plano, recibe de golpe los vientos oceánicos y goza, por ese hecho, de un clima más favorable. Las precipitaciones anuales son de las más importantes de la isla y llegan a ser de más de 1 900 mm por año; las partes más elevadas de la cordillera Central reciben entre 1 900 mm y 1 500 mm por año: la sierra de Neiba, cuyo índice es el más bajo de la región percibe 1 000 mm al año.

En Haití, algunas llanuras tienen totales pluviométricos muy débiles en relación con las montañas vecinas: las precipitaciones comprenden entre 500 y 1 000 mm en El Cibao; las depresiones que están en el norte y en el sur de Neiba son francamente áridas.

Los contrastes pluviométricos son, pues, muy marcados entre las zonas más expuestas (3 060 mm en Samaná) y las posiciones más resguardadas (400 mm en la depresión de los grandes lagos); es decir, una relación de 1 al 7. Esos contrastes son la consecuencia de la oposición de las vertientes y de las diferencias de altitud; sin embargo, esa disposición es más evidente en la parte oriental, donde la oposición entre la cordillera Septentrional y la sierra de Neiba es bastante clara, mientras que en Haití, el promedio de lluvias de Port-de-Paix y del Limbé, en el norte, y de Jacmel, en el sur, son similares (1 500 mm). Se puede concluir, pues, que en la República Dominicana los contrastes más marcados entre el norte y el sur, mientras que en Haití esa diferencia se observa entre el este y el oeste del país.

La manera como se distribuyen esas precipitaciones es también un elemento de la diversidad geográfica de la zona. El año se divide en dos grandes estaciones pluviométricas: una estación seca en invierno y otra húmeda en verano. El promedio mínimo se sitúa en febrero (77 mm), y el anual máximo en mayo (183 mm), aunque el mes de junio puede ser particularmente seco. Es obvio que ese régimen promedio encuadra situaciones muy diferenciadas en cuanto a la altitud y a la distancia en relación con el mar.

Antes de la llegada de los españoles, el territorio insular estaba dividido en cinco entidades autónomas: en el norte-noreste, la Magua; en el noroeste, el Marien; en el suroeste, el Xaragua; en el centro, la Maguana, y el Higüey en el sureste. Pero esa pluralidad de estructuras políticas no debe ocultar la unidad fundamental de la civilización taíno que se extiende al conjunto de las grandes Antillas, Cuba o Puerto Rico. Nada de ese primer sistema subsistió después de la conquista española, y ningún sentimiento de pertenencia común resistió a la ocupación colonial.

Esa pérdida de la identidad original afectó al archipiélago en su totalidad. En las representaciones de las poblaciones criollas que sucedieron a los taínos y a los colonos, no hay nada que les atraiga hacia el mar: la inmensidad oceánica es percibida como una barrera que aísla del resto del mundo, en el mejor de los casos, y en el peor, como una prisión que encierra en los límites estrechos de un territorio aislado una población que, o no había escogido vivir allí, o esperaba el momento propicio para dejarlo. La verdadera insularidad, la de los taínos, una vez perdida, hubo que recomponerla, volver a aprender a vivir lejos de todas las tierras emergidas, lejos de toda referencia conocida. Esta recomposición es el eje central de la historia de todo el archipiélago.

La ruptura en dos países puede parecer aberrante para una isla de tamaño tan reducido. Tratándose de La Española, conviene recalcar que existen otras islas de tamaño similar divididas entre dos entidades nacionales; Chipre, Timor, Gran Bretaña, Irlanda, etcétera. En todos los casos, se trata de islas que fueron invadidas en el curso de su historia y cuya población de origen se vio suplantada por otra venida de fuera.

Por otra parte, la diferenciación de las sociedades no se circunscribe al espacio que les es concedido, sino a la voluntad de los hombres de vivir juntos o no.

En el caso de Haití y de la República Dominicana, se puede decir que las dos naciones han heredado un antagonismo franco-español cuyos términos reductores se han transmitido durante generaciones: en los intercambios de amabilidades entre los *créoles* de Saint Domingue y los criollos de Santo Domingo, el francés es inculcado de herejía (por la existencia

importante de protestantes entre los bucaneros), e invade las tierras del imperio; por su parte, el español tiene fama de perezoso, ya que vive de manera parca sobre tierras mucho más fértiles y extendidas que las de la parte occidental, sobre las cuales los franceses lograron hacer del modelo de agricultura tropical el más eficiente en su época. Eso dio a los pueblos haitianos y dominicanos una idea diferente de la legitimidad respecto a su presencia sobre el suelo insular. De esta manera, para la mayoría de los Dominicanos,

en el origen, [sus] ancestros europeos poseían la totalidad del territorio insular, pero más tarde, por razones que derivan tanto de la decadencia política y económica del imperio español, como del sistema comercial adoptado por la metrópoli en relación con sus colonias estadounidenses, la parte occidental pasó al poder de bandoleros y de aventureros de los mares (bucaneros y filibusteros) que lograron formar una colonia, adoptada y desarrollada por Francia cuyos esclavos, más tarde, a causa del clima político creado por la revolución francesa y la *Declaración de los Derechos Humanos*, se sublevaron para formar la República de Haití, monopolizando así el antiguo nombre que los indígenas habían dado a la isla (Marrero Aristy, R., 1957).

Sería inconcebible para un autor haitiano considerar a los criollos como herederos de los indios mártires y no sus verdugos. Hay pues, desde el principio, un malentendido entre las dos maneras de vincularse a largo plazo. Para unos,

la extensión de la civilización occidental empezó en Santo Domingo y sus primeros episodios, pertenecientes por entero a la historia de ese pequeño país insular, forman parte de una de las empresas más sobresalientes de la historia de la humanidad, teniendo como protagonista a uno de los hombres más célebres de todos los tiempos, Cristóbal Colón, virrey y gobernador de la isla de 1493 o 1500 (Marrero Aristy, R., 1957).

Para los demás, toda la desgracia del hombre negro empezó cuando Cristóbal Colón, —que con gusto fue comparado con el Faraón de la *Biblia*—, pisó la tierra india de Haití. En las memorias colectivas, el mismo acontecimiento cambia totalmente de significado, no importaba de qué color de piel fueran las personas interesadas. Los dominicanos de piel negra que se beneficiaban siempre con condiciones de esclavitud más flexibles que los haitianos de piel oscura, eran considerados, cuando eran dueños de tierras, como los “blancos de la tierra”, por una especie de derecho de suelo que era más importante que el color de la piel.

Fiel a su vocación de “hija mayor” de la Iglesia en las Américas, la República Dominicana edificó un monumento suntuoso para conmemorar el quinto centenario del descubrimiento; mientras que en Haití, la estatua del almirante que estaba en el corazón de la capital, fue “derribada” en 1986, al final de la dictadura de los Duvalier, para hacer notar que las miserias del pueblo actual y de sus ancestros indígenas tenían el mismo origen: la suerte injusta infligida por el almirante a los insulares.

La relación diferente a la del pasado, hace que las referencias del espacio ya no sean las mismas. Cuando para Francia, la colonia de Santo Domingo era el florón de sus posesiones en el nuevo mundo, España tenía el centro de su imperio a miles de kilómetros, sobre el continente, allí, donde los hombres eran más numerosos y las riquezas más seguras (oro en Perú, plata en México), y más fáciles de obtener.

La escala en Santo Domingo (cuatro por año, sobre el eje mayor La Habana-Cádiz) únicamente fue mantenida en las relaciones con la metrópoli, mientras que el Cabo Francés, Puerto Príncipe, Gonaives, Saint-Marc, Les Cayes, etcétera, estaban abiertos al comercio exterior y comunicaban frecuentemente con los principales puertos franceses del Atlántico. El dominio de la sociedad colonial fue a la vez más masivo y más profundo en la parte occidental, generando una relación muy diferente entre el hombre y la tierra. Un total de 100 000 españoles dejaron su península para buscar fortuna en América, en el siglo XVI, de los cuales la colonia de La Española recibió, de ese contingente, solamente una parte débil que no tenía nada de una mentalidad campesina porque

nadie tenía en mente llevar una vida rutinaria orientada hacia el cultivo de la tierra, la cría de ganado y la instauración de un sistema de cohabitación con los nativos de la isla.

Todo el mundo escrutaba el horizonte cortado por el perfil verde y azul de las cordilleras. Los hombres miraban la tierra desconocida y llena de promesas; y sin embargo, tenían una idea fija: oro y mujeres. En aquel tiempo, a España le faltaban hombres de negocios, agricultores experimentados, comerciantes sagaces y capaces de crear una economía estructurada y equilibrada, pero abundaban soldados y capitanes harapientos, ambiciosos, acostumbrados a la violencia de campañas largas en contra de los moros, hijos menores de la nobleza sin herencia, preocupados en hacer fortuna de manera rápida, en el mundo fabuloso descrito por Cristóbal Colón (Marrero, 1957).

Hay que decir que el almirante no tuvo muchas opciones para la elección de su tripulación, embarcaron los que se presentaron, y como era de esperarse, de las 1 400 personas que componían el personal de las 17

carabelas que hicieron la travesía en el segundo viaje, no había a bordo ninguna mujer.

Es pues, con un deseo ardiente y los ojos llenos de ilusiones sobre las riquezas de El Dorado, que los primeros colonos desembarcaron en la isla.

No tardaron en desengañarse. Las riquezas de oro fueron de poca importancia en relación con las posibilidades abiertas por la conquista del continente y la apertura de Perú y de México a la colonización. Fueron pocos los españoles que se quedaron en la isla, cuyo primer éxodo se dio a partir de la segunda mitad del siglo XV (de hecho, alrededor de 1540); luego a principios del siglo XVII, bajo el gobierno de Osorio, quien ocasionó la devastación de los establecimientos de la parte occidental (1605), provocando la contracción del comercio y la concentración autoritaria de la población en algunas ciudades todavía en manos de las autoridades coloniales:

Los habitantes de Monte Cristo, Puerto Plata, Bayahá y Yaguana, fueron llevados hacia algunos poblados en el norte de Santo Domingo, bautizados San Antonio de Monte Plata y San Juan Bautista de Bayaguana, para simbolizar la fusión de los habitantes de Monte Cristi y de Puerto Plata en Monte Plata, y de Bayahá y la Yaguana en Bayaguana. Igualmente, desplazaron a los habitantes de los *hattes* situados entre Neiba y San Juan de la Maguana (Moya Pons, 1977).

Las idea era castigar a los habitantes que comerciaban con los extranjeros, a pesar de la interdicción formal de la corona. El resultado de esa política fue un retroceso de la presencia española: esa política de tierra quemada hizo que hubiera una vacante política y administrativa, dejando el lugar vacío de hombres, ideal para la instalación de nuevos aventureros holandeses, franceses e ingleses que aprovecharon ese hecho para afianzarse de una manera duradera en las Antillas.

Al igual que las tierras de Venezuela y las riberas del Río de la Plata que colindan con las posesiones de otras potencias europeas, la isla de La Española fue atravesada por un límite que puede ser considerado como el "viento blando" del imperio, la puerta abierta a las influencias exteriores sin verdadero control de las autoridades. Así pues, en 1630, un grupo de franceses rechazados en la isla San Cristobal, se asentó en la isla de la Tortuga. A pesar de las quejas y de las incursiones punitivas para desalojarlos, los bucaneros y los filibusteros lentamente se adueñaron de las costas occidentales, de igual manera de las Guayanas y de los márgenes de Uruguay (la banda oriental) poco a poco escaparon de los españoles y pasaron a coronas extranjeras.

Los españoles que ya no podían más, asistieron a la destrucción lenta de su dominio y, en 1655, la última guarnición española dejó definitivamente la isla de la Tortuga. Veinte años más tarde, en 1676, la presencia francesa fue reconocida oficialmente, y en 1680, los Tratados del Cabo Francés establecieron los acuerdos sobre el primer trazado de la frontera (pero fue en 1697 [Tratado de Ryswick] que la presencia francesa fue reconocida oficialmente por España). En 1777, con el *Tratado de Aranjuez*, ese reconocimiento de la presencia francesa fue renovado, y los ríos Dajabón y Pedernales, entre otros límites y mareas, fueron seleccionados como zonas limítrofes entre las dos posesiones. La frontera era, entonces, parecida a un línea del cese al fuego entre dos ejércitos que mantienen el arma lista para volver a empezar las hostilidades a la menor señal. Eran consideraciones externas a la geopolítica insular que determinaban las relaciones entre los habitantes de sus diversas partes.

El siglo XVIII europeo, marcado por la movilidad de las fronteras y por las guerras, entre las potencias que envejecían (España, Portugal y Austria), por un lado, y las potencias que emergían (Provincias Unidas, Reino Unido y Francia) por el otro, proyectó al Caribe las líneas de frente que oponían los países del viejo continente. Sería en vano buscar las razones de la separación en dos partes de la isla, puesto que admitimos el postulado de la "exclusividad colonial que pregona que todo en la colonia debe hacerse" para y por la metrópoli. Se entiende porqué la frontera, participe de la misma lógica colonial, adoptó un trazado "aberrante" en apariencia, pero acorde con la realidad de las relaciones de fuerza del momento. La frontera resultó de la incapacidad por parte de España para defender eficazmente los límites de un imperio desmesurado en relación con sus medios.

A lo largo del tiempo se crearon brechas en la cohesión territorial de las posesiones españolas, y es en las islas que el retroceso español fue el más sensible, puesto que eran más difíciles de defender: la estructura en archipiélago creó molestias estratégicas que obligó al ejército a multiplicar las guarniciones y transformar cada islote en fortaleza armada.

No teniendo la fuerza de sus ambiciones, España cedió una tras otra, las perlas del tesoro caribeño (salvo dos, de las cuales la más bella fue Cuba) a los que preferían las riquezas del continente que a lo largo del tiempo se hizo la pradera cuadrada del imperio. Francia no hizo más que meterse en la brecha dejada abierta por el retroceso español.

Es sobre la base de ese reparto imperial y desigual del espacio insular que se hizo la ruptura en dos sistemas socioeconómicos, confrontando una economía de plantación basada en el trabajo servil, en el lado francés, contra una economía dominada por la cría extensiva de los hatos, en el lado

español. De esta manera, los franceses y los españoles dibujaron lo que llegaría a ser más tarde la frontera entre ambas partes de la isla.

En marzo de 1793 estalló la guerra entre Francia y España. Este último, aprovechando los disturbios en la parte francesa, puso fin a la política de colaboración inaugurada con los *Tratados de Aranjuez*, y ofreció su apoyo a los esclavos rebeldes. La idea era favorecer la expulsión de los franceses para reconquistar la parte occidental. Jean-François, Yayou y Toussaint Louverture fueron escoltados por oficiales españoles en sus luchas en contra de los franceses. Antes de que concluyeran las hostilidades, las autoridades coloniales publicaron planes para restablecer a los españoles sus bienes que habían sido dañados por la conquista de la parte occidental. Nada fue descuidado para facilitar la victoria de los insurgentes. Sin embargo, en mayo de 1794, Toussaint decidió volver a la causa de la república francesa, que acababa de abolir la esclavitud. Luego se enfrentó en contra de sus antiguos mentores y ése fue el principio de la derrota española en esta parte de la isla.

La primera consecuencia de ese acontecimiento fue el retroceso de la frontera en relación con la línea de Aranjuez que marcaba, desde 1777, el límite entre las dos posesiones: toda la parte occidental del valle de San Juan, que incluye las localidades de Hinchá, Las Caobas, San Rafael y San Miguel de la Atalaya, fue conquistado por las tropas de Toussaint en 1794, provocando un primer éxodo de los españoles. Los colonos de las localidades fronterizas no tuvieron más remedio que replegarse sobre San Juan y Azua. Los españoles estaban a punto de volver a ganar terreno cuando les fue ordenado cesar las hostilidades: la paz acababa de firmarse entre los beligerantes europeos en Basilea, Suiza, el 22 de julio de 1795, y dio como resultado que España cediera a Francia la parte de la isla que tenía bajo su soberanía.

Santo Domingo al volverse francesa, pasó a manos del general mayor Toussaint Louverture, que únicamente esperaba esa ocasión para entrar en posesión de su bien, cosa que logró a partir de enero de 1801. En el intervalo, la colonia española se apresuró en salir de allí. Las autoridades coloniales españolas, cuando se dirigieron a la población para anunciar el cambio de tutela, invitaban implícitamente a desalojar la zona para trasladarse a otras posesiones de su majestad católica en un plazo de un año después de la firma de dicho tratado. La élite urbana, principalmente, fue la que dejó el país. Los primeros emigrantes salieron hacia Cuba, dejando a veces, todos sus bienes, aunque otros se marcharon con su servidumbre y toda su familia. Sin embargo, las mejores tierras ya estaban ocupadas en Cuba y los gastos de reinstalación eran más costosos que en cualquier otra parte, por lo que la mayoría de los grupos se dirigió hacia

Puerto Rico y Venezuela. Como las oportunidades de salida eran relativamente escasas, los candidatos para la migración se amontonaron en un primer tiempo en la ciudad de Santo Domingo, la cual muy rápidamente ya no dio abasto para alimentar a toda la gente.

La liberación general de los esclavos de Santo Domingo (1793), y la conquista de la colonia española, hubieran podido provocar un éxodo considerable del oeste al este, y la antigua frontera hubiera dejado de existir, debido a un efecto en las vías de comunicación. Las circunstancias se daban: la parte del este estaba poco poblada y al alcance de los fusiles de Toussaint, además de que las tropas españolas estaban mal ubicadas desde la desmovilización. Pero algo en la dinámica propia de la sociedad dominico-española, donde la urgencia revolucionaria no era tan apremiante, impidió que el contagio revolucionario ganara la isla entera: en 1796, los 200 esclavos de la plantación Boca de Nigua, propiedad de don Juan de Oyarzabal, tomaron las armas, incendiaron los cultivos y encerraron a los patrones. La represión fue sangrienta y rápida. Acabó por convencer a los más temerarios a salir, y la colonia española se vació de sus fuerzas vivas. Únicamente los ganaderos con sus esclavos, y los miembros del clérigo, permanecieron en un número significativo. Las razones que habían incitado a los esclavos del oeste a la revuelta (racismo intransigente, discriminación muy pronunciada entre las clases sociales y raciales) no existían en el este. Los negros dominicanos siempre se habían sentido superiores a los negros criollos: los primeros se expresaban directamente en el idioma del patrón, se sentaban a su mesa, compartían el pan y podían, por ese hecho, creerse más cerca del hombre blanco.

Cuando el 27 de enero de 1801, Toussaint Louverture, en el nombre de Francia y en virtud del tratado de 1795, entró en posesión de la parte española, encontró un país arruinado, devastado por la guerra y abandonado por su población, su deseo más ardiente era que la población volviera al trabajo a fin de levantar el dasaño de la producción.

A diferencia de los negros de Santo Domingo —que ya habían conocido el régimen duro de los talleres y que podían, bajo ciertas condiciones, aceptar trabajar según el modo antiguo de los talleres—, el negro dominicano ignoraba totalmente la molestias del trabajo por turnos (*roulaison*), y el apremio de los días de punta cuando había que triturar la caña de azúcar recién cortada en miles de hectáreas.

Indirectamente la política de Louverture modificó los datos del equilibrio agrario: aboliendo la esclavitud, creó un núcleo de nuevos campesinos que pensaba transformar en plantadores prudentes e incansables, provocando, a pesar de él, la salida de numerosos propietarios. Asimismo, creó las condiciones para la constitución de un vasto dominio público.

La expedición de Leclerc puso fin a la experiencia de Toussaint Louverture, pero la huella básica de sus ideas no desapareció. El general Ferrand que, en nombre de Francia tomó posesión de la colonia en 1804, ahuyentando a los haitianos, aplicó una política favorable a las plantaciones, bastante parecida a la del jefe negro, pero con la única diferencia que la esclavitud se volvió a instaurar; incluso un decreto fue promulgado para animar a los plantadores a “cazar” sobre las tierras de la república vecina, a los negros de los cuales necesitaban para hacer funcionar sus plantaciones.

El 22 de enero de 1804, un decreto decidió la confiscación de las tierras que pertenecieron a migrantes españoles, creando así un vasto dominio nacional que administrarían las autoridades militares. La amenaza que representaba esa presencia francesa sobre el territorio insular, creó en los haitianos un temor de ser sitiados, y que desembocó en la sangrienta campaña de febrero de 1805, en la cual las tropas de Dessalines, compuesta por 21 000 hombres, sitiaron Santo Domingo.

Nos podemos preguntar sobre la ausencia de un movimiento en masa de los antiguos esclavos hacia el país vecino. La perspectiva de nuevos desmontes en tierra desconocida, no sedujo más que a un mínimo relativamente limitado de campesinos, quienes creían que la libertad recién adquirida, había desarrollado un cierto optimismo natural arraigado en la población del lugar. De cualquier modo, el conocimiento del terreno que podía adquirir un antiguo esclavo se limitaba a la parroquia donde vivía, debido a múltiples trabas policíacas que dificultaban la libre circulación de las personas en condición servil. En otras palabras, si bien es cierto que estaba el lugar para adueñarse de él, había, desde un principio, una falta de verdaderos motivos y una ausencia de energía organizadora para tal conquista por parte de los haitianos.

EL ARRAIGAMIENTO DE LAS DIFERENCIAS

Durante la primera mitad del siglo XIX, los generales haitianos (Toussaint Louverture en 1801, Dessalines en 1805, Boyer de 1822 a 1844, y Soulouque en 1849 y 1856) en vano trataron de desaparecer ese límite político en el este. Bajo la presidencia de Boyer, ambas partes conocieron un periodo de unificación política; y sin embargo, no hubo oleada hacia el este por parte de los antiguos esclavos. ¿Por qué?

Los nuevos libres (400 000 hombres en 1804) decidieron no soltar la presa por una sombra, haciéndose pioneros sobre una tierra que les era desconocida. Consolidando sus adquisiciones en bienes raíces fue que los nuevos campesinos ocuparon su tiempo, y no extendiendo su dominio territorial. No era necesario dejar su terruño natal para encontrar lo

indispensable para vivir: al día siguiente de la proclamación de la independencia, y durante medio siglo más, las condiciones del campo mejoraron y permitieron un rápido crecimiento de la población, en su lugar, salvo en la planicie central, la cual era una zona de desmonte pionero por parte de los campesinos llegados del oeste. Esas migraciones nunca fueron de la magnitud para considerarlas un éxodo. Ambos países vivieron bajo un mismo régimen como las tierras alejadas de un mismo impero, sin cohesión y sin calor.

A partir de 1844, la República Dominicana se separó definitivamente de la República de Haití. El estado de guerra entre ambos países duró 16 años, periodo durante el cual la frontera se arraigó para dar a luz a dos naciones, espalda contra espalda, cortada por una zona que comprendía todo lo alto de Artibonite, la región de dos lagos, la cuenca de San Juan en el macizo de Bahoruco. Ese hiato espacial es la expresión de un desfase permanente entre los dos países que existieron primero como territorios antes de ser naciones.

Nación de mayor edad, Haití no supo dar el impulso para una política de integración real, por no tener un proyecto de sociedad común a los dos pueblos. Los antiguos esclavos anhelaban tener la tierra: la que cultivaron de sus manos. Los dominicanos no tenían aspiraciones a nada, tenían la tierra, el agua, el ganado, la madera en abundancia, y eso bastaba para asegurar la paz social. Los trastornos políticos que habían transformado el orden económico y social en la antigua colonia francesa, no tuvieron repercusiones directas sobre la parte oriental, donde la esclavitud no se practicaba a un nivel equivalente.

Mientras que en Haití, nación soberana nacida de la guerra, la prioridad era consolidar la independencia personal (los reglamentos de los cultivos, promulgados por los gobiernos sucesivos, fueron una forma disfrazada de la esclavitud de los agricultores), y en tanto se arraigaba ese nuevo grupo de gente campesina, libre, anhelando la autonomía alimenticia después de las privaciones del periodo de esclavitud, la República Dominicana todavía era una tierra carente de hombres, en donde la edificación del Estado tenía la prioridad sobre la afirmación de una nación.

Con apenas 200 000 habitantes en 1844, el país tenía una de las densidades kilométricas más débiles de las Antillas. Señal de esa abundancia de espacio, era la prioridad colectiva de los terrenos comuneros, que garantizaba para cada quien los medios para asegurar su subsistencia. La tierra tenía un valor de uso más grande que su valor mercante, lo que impedía toda especulación o puesta en valor intensiva.

La República Dominicana salvaguardó en gran parte su independencia gracias a las presiones ejercidas sobre Puerto Príncipe por las potencias de

la época (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), que no querían ver el ejemplo haitiano extenderse como mancha de aceite en el Caribe. Independiente pero poco atrayente para los investigadores extranjeros, el territorio se quedó como concha vacía. A excepción de Cibao, donde había campesinos ricos desde el siglo XVII que vivían del cultivo del tabaco, la agricultura contaba poco. Esa situación duró hasta finales de los años 1870.

Así, la antigua complementariedad entre las dos partes coloniales, dio lugar a una confrontación entre dos autoridades estatales que buscaban consolidar lo mejor posible, la línea de demarcación que los separaba: de allí una política de militarización que a lo largo de la frontera estableció fortalezas totalmente aisladas en un paisaje de *no man's land*, cuya vacuidad era reforzada por las condiciones físicas. Esos confines, a menudo áridos o montañosos, daban a la frontera entre los dos países una impresión tan fuerte como si se tratara de dos islas separadas por el mar. La frontera se volvió una zona particular que encerraba a la vez una línea política (el trazado de 1929) y una zona más o menos amplia alcanzando a veces uno o dos kilómetros; lugar de intercambios informales pero sensibles entre ambos países.

Esa situación favoreció una diferenciación muy fuerte en dos naciones distintas que tenían una manera de territorialización propia. En Haití se generalizó la pequeña propiedad campesina por medio de la parcelación integral de su herencia territorial de las plantaciones coloniales entre los herederos de los antiguos esclavos: hubo una pulverización del patrimonio colonial en el plan de las estructuras agrarias, como en el plan de los sistemas de producción (retroceso de la irrigación, declive de las técnicas de plantación).

La República Dominicana conoció, a partir de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con el gobierno de Ulises Heureaux, durante la ocupación estadounidense (1916-1924) y de 1930 a 1961, bajo el dictador Trujillo, un desarrollo del capitalismo agrario que hizo de esa nación un modelo de latifundismo.

Ambos países son, desde entonces, como dos modelos emblemáticos de la organización del mundo rural en el Caribe: el sistema campesino que domina en el oeste, y el de la plantación que domina en el este.

EL CONCEPTO HAITIANO DE LA INSULARIDAD

A principios del siglo XIX, la joven nación haitiana hizo de la insularidad integral, la piedra angular de su sistema de defensa para enfrentar las amenazas exteriores. Ese concepto estratégico nació de la política de Toussaint Louverture, que fue el primero en realizar la reunificación de la

isla en 1801 y planificó su defensa. Los franceses de Santo Domingo, antes de 1789, tenían relaciones muy estrechas con las provincias de El Cibao y de Azua, de donde les llegaban sus caballos de montura y sus gallos favoritos, como también el ganado necesario para el transporte sobre las plantaciones. Una complementariedad, de hecho, se había establecido entre las dos colonias.

El proyecto de Toussaint era desarrollar los cultivos al este sobre el modelo de la parte francesa, con los mismos medios.

Paradójicamente, proclamando la abolición de la esclavitud, y lejos de expulsar a los trabajadores hispano-dominicanos, Toussaint los obligó a seguir un reglamento de cultivo que se extendía a los nuevos departamentos del este.

Toussaint tenía un gran designio para la isla, y nos podemos preguntar sobre lo que hubiera sido la isla hoy, si en febrero de 1802 no hubieran desembarcado las fuerzas del general Leclerc, con la orden explícita de exterminar a todos los generales indígenas, y de restablecer la esclavitud. Eso puso fin a la primera experiencia del gobierno autónomo de la isla de Santo Domingo, la primera y única del Caribe, de aquel entonces, en haber abolido la esclavitud.

La obra de Toussaint fue pionera. Después de él, la frontera entre ambas partes ya no tuvo el mismo significado. La verdadera insularidad surgió como objetivo estratégico prioritario. El territorio de la antigua colonia española llegó a ser como el vientre blando del sistema de defensa instalado por Dessalines alrededor de todo Haití. Su escasa población, que por un tiempo fue considerada una situación ventajosa, posteriormente se volvió una amenaza.

Estamos seguros de que si se hubiera encontrado en la colonia española una población servil tan numerosa como en la colonia francesa, los haitianos no hubieran querido exportar su revolución. Los negros campesinos, las verdaderas lanzas del movimiento insurreccional, se contentaban con una libertad personal. La idea de conquistar nuevas tierras no atormentaba el espíritu del campesino. El primer reflejo fue arraigarse en el lugar, siguiendo la trama de las antiguas habitaciones coloniales. Tan pronto los haitianos habían ahuyentado a los colonos, se adueñaron del espacio nacional. La búsqueda paciente y victoriosa de la tierra fue el hilo conductor de la gesta campesina haitiana en el siglo XIX, como si cada casa campesina expresara, por sí misma, esa dimensión insular: apartarse de los demás era un objetivo compartido en todas las esferas de la metaestructura espacial haitiana.

A diferencia de los revolucionarios franceses, sus primos lejanos, los esclavos amotinados en Haití, no tenían los medios, ni quizás aún la

voluntad para liberar a los esclavos de otras islas. Los negros de Santo Domingo tenían el sentimiento de cometer un acto singular que cambiara los datos de la geopolítica regional de todo un hemisferio. El escándalo ya era bastante grande. Atravesar el río Masacre equivalía a romper el antiguo equilibrio estratégico, por cierto muy precario, pero benéfico para ambas partes. La ocupación del este fue como una necesidad cuando ese territorio se convirtió en la puerta de entrada de los ejércitos extranjeros. Por esa razón podemos decir que el sueño de insularidad de Toussaint se convirtió en la obsesión de los generales-presidentes haitianos (por lo menos hasta Salnave).

Dessalines atravesó la frontera en 1805 para expulsar a los últimos franceses que constituían una amenaza permanente de la seguridad del país. Boyer anexó Santo Domingo en 1822 para impedirles instalarse. Después, las autoridades haitianas no dejaban a las autoridades dominicanas colocar su territorio bajo el protectorado de una potencia extranjera como garantía de su autonomía.

Por encima de la insularidad como forma de representación espacial de todo un grupo, existían los motivos materiales de irregularidades en las relaciones, y las líneas de fuerza de la organización espacial, que creaban un sentimiento de yuxtaposición de los dos sistemas. La comunicación entre los dos países se hacía por mar, siendo la frontera una zona militarizada que no atravesaban sin dificultades ni los bienes ni los hombres.

En el interior del país, la situación era análoga. En ausencia de carreteras dignas de ese nombre entre las diferentes provincias, y puentes sobre los ríos en la estación de lluvias, toda comunicación era imposible. Cortando las carreteras, atrasando por varios días el tránsito, los ríos reforzaban ese sentimiento de ruptura, de yuxtaposición y de insularidad de diversas regiones del país. La dificultad de las comunicaciones, junto con la barrera activa, representada por los regionalismos y la importancia del linaje en las estructuras sociales, dio a la lógica espacial un efecto de insularidad; es decir, de aislamiento y de acortamiento de las perspectivas, lo cual no significaba ruptura con el resto del mundo, sino solamente una singularidad tal, que el comercio se volvía difícil con las otras islas (todas sometidas a la esclavitud) o con los Estados soberanos de la región (todos teniendo aún o habiendo tenido esclavos sobre su territorio). Haití se quedó como un islote francófono, en el corazón de una región donde predominan los anglófonos y los hispanófonos.

El cabotaje se convirtió en un elemento esencial en la organización del espacio. La polarización en el litoral —herencia de la colonización europea, y francesa en particular—, se mantuvo durante el periodo del gobierno autónomo de Haití. El tipo de economía campesina que se

desarrolló a partir del principio del siglo XIX, podía llevarse a cabo a través de comunicaciones lentas: la economía doméstica era más importante que los intercambios con el exterior (como siempre, sin impulsiones exteriores que cambiaran los datos de la geopolítica insular).

Mientras Haití era un país pionero; primera y única tierra libre del Caribe que mantenía relaciones oblicuas, con las naciones extranjeras, al límite de la legalidad. Pero la abolición de las diferencias —que fue la desaparición de la esclavitud, a partir de 1833 en las otras islas (1887 en Cuba, que fue la última de las Antillas en conocer ese tipo de relación de trabajo)—, y la normalización de las relaciones con Francia, hicieron que el caso haitiano se hiciera banal.

El país no dejó de atraer la atención de los inversionistas extranjeros, pero su fama era calamitosa y tuvo dificultad para drenar los capitales necesarios para su desarrollo. A diferencia de Quisqueya, donde el capitalismo introdujo mutaciones estructurales y estructurantes del espacio, en Haití, el impacto espacial quedó limitado. Fue por medio de la especulación financiera, esencialmente, que se hicieron sentir los efectos del capitalismo sobre el mercado haitiano.

Hubo un repliegue sistemático de las formas de organización del espacio a unidades menos extendidas que en el pasado, el *Lacou* reemplazaba las habitaciones de varios centenares de hectáreas, y los cultivos campesinos sustituyeron los productos. Sin embargo, eso no ocultaba la parte esencial de los cultivos de exportaciones en la economía de Haití: el café quedó como la primera fuente de divisas del Estado por los derechos a la exportación que debían pagar los comerciantes extranjeros instalados en los puertos principales del país, y por diversos impuestos que pesaban sobre los ingresos campesinos. Por ese hecho, las relaciones con el exterior nunca perdieron su agudeza para la sobrevivencia de la joven república haitiana.

Gracias al mar fue que los campesinos haitianos escaparon de la miseria a la cual los hubiera condenado el cultivo exclusivo de los víveres para el autoconsumo. El repliegue sobre sí mismo es un mito. El país, cuando todavía no había sido reconocido oficialmente por las principales potencias de la época, era muy activo en el comercio de las maderas tropicales (campeche y caoba) y del café. El de Saint-Marc era particularmente afamado en el mercado de Havre.

Así, cada cuenca vertiente de un río, cada llanura, fueron de provecho para la ciudad que supo atraer los caminos vecinales de los campos circundantes, punto convergente de los mercados rurales y de la producción campesina. De esta forma, se constituyó un sistema regional haitiano fuertemente marcado por el modelo de las antiguas ciudades y aldeas

coloniales. El cabotaje era el medio más eficaz para ir de una provincia a otra, incluso al interior de una misma provincia; el mar se convirtió en un medio de enlace de un punto a otro de la costa. Ese esquema permaneció así hasta la víspera de la ocupación estadounidense.

EL CONCEPTO DOMINICANO DE LA INSULARIDAD

En Quisqueya, la organización del espacio heredada de la colonización española estaba más dispersa y la distribución de la población era menos tributaria que en la del litoral; había en el interior de las tierras, en medio de ricos campos, ciudades prestigiosas. La ciudad de El Cibao y el cuadrilátero central Santiago-San Francisco-La Vega-Cotuí, se convirtieron en centros de servicios y de comercialización de los productos de la tierra. Sencillos pueblos se transformaron en villa, cuya población no pasaba de algunos centenares de personas, pero su función de estación y de almacenes sobre la línea del ferrocarril, fue un poderoso motivo de desarrollo económico y de diversificación de las actividades. Sin embargo, las comunicaciones con el resto del país fueron difíciles hasta la víspera de la ocupación estadounidense. La integración con el sur y el este estaban próximas a realizarse.

El este y el sur también habían heredado del periodo español una conformación de lugares céntricos, cuyo papel se resultó trascendental en la organización del país; Santo Domingo, San Pedro de Macorís y La Romana, formaron un frente litoral, desarrollo de la economía de la plantación; El Seibo, Monte Plata, Bayaguana, Hato Mayor e Higüey, formaron una segunda corona de comunas que mantenían las bases del frente pionero de los cultivos del sur hacia el norte y el este. En los confines occidentales del territorio, San Juan de la Maguana, en un medio ambiente menos favorable para los cultivos, pues era demasiado seco y cercano a la frontera, vivía de la cría de ganado. El puerto de Barahona únicamente desempeñaba un papel a nivel local en el cabotaje.

Aquí la continentalidad le hubiera podido ganar a la insularidad: los intercambios entre las provincias se hacían con caravanas de mulas; las *recuas* eran una actividad completa para la cual se había formado una categoría aparte de los artesanos: los “recursos” cuya actividad esencial era hacer la unión entre las diversas localidades del país. La insularidad dominicana nació de ese sentimiento de abandono en los confines de un territorio demasiado grande, la espalda hacia el mar y teniendo enfrente adversarios más numerosos.

Tradicionalmente proespañola, la población, antes de 1789, resentía la presencia de los franceses como una usurpación. Después de 1804, se

acercó más a Francia, de hecho, Santo Domingo se convirtió en el asilo del ejército francés derrotado. Las invasiones haitianas que tenían en la mira realizar la unidad política, crearon en los hispano-dominicanos la necesidad de una garantía, de una frontera segura, tan eficaz y tan profunda como el mar para separarlos de Haití.

Francia, después de 1844, tenía una precedencia en los asuntos dominicanos, y su deseo de protección encontraba sobre el terreno, la voluntad francesa de contrariar los proyectos haitianos.

Sin embargo, las desigualdades eran tan fuertes entre el norte —organizados sobre un eje que atravesaba El Cibao y en sus dos salidas en Puerto Plata y en Sánchez—, y el sur —marcado por el monocultivo de la caña de azúcar, y polarizada por las principales ciudades azucareras que eran Santo Domingo, San Pedro, La Romana, Azua, etcétera—, que un mismo sentimiento de insularidad caracterizaba las relaciones entre ambas partes del territorio. La rivalidad entre Santiago y Santo Domingo se volvió un elemento constitutivo del sentimiento nacional dominicano, y esa rivalidad data de prácticas antiguas que se remontan por lo menos al siglo XVIII, cuando la capital de El Cibao empezó a alejarse de su rival del sur, gracias a su mayor proximidad del territorio de la colonia francesa, lo que le permitió enriquecerse en la exportación del ganado hacia la isla Santo Domingo francesa.

Si la caña permitió a Santo Domingo ganar a Santiago sobre el plan económico y político, intelectual y afectivamente el corazón del país estaba en Santiago, menos cosmopolita y más arraigado a las tradiciones quisqueyanas, que la capital abierta a los extranjeros.

La característica de Quisqueya fue haber sufrido un doble impacto: el de la penetración financiera por una parte, y el de la dominación espacial del capital extranjero en el sector azucarero, por la otra, convirtiéndose así en el contribuyente más importante del Estado.

A principios del siglo XX, los dos países se encontraban en un estado de sofocación financiera y de dependencia del Estado, manteniendo relación con socios capitalistas privados que eran retribuidos y comprometiendo los atributos del estado, hasta alienar su soberanía.

A Quisqueya, la penetración extranjera introdujo un nuevo catalizador de diferenciación entre las regiones, pero acarrió igualmente la caída de las relaciones entre las economías haitiana y dominicana.

A finales del siglo XIX, los puertos de la parte occidental tenían todavía un tráfico superior al de los primeros puertos dominicanos. Las ciudades de Haití tenían más población que Santiago o La Vega.

El designio de los capitalistas estadounidenses era poner fin a la ruptura este-oeste de la isla. Servía para sus intereses bien entendidos, ya que eso

permitiría una gestión a distancia de la abundante y turbulenta gente campesina haitiana para la cual la *zafra* en los *bateyes* se convirtió en un derivativo para las fuertes densidades rurales que el país empezó a conocer.

La estrategia estadounidense fue proceder, poco a poco, por un trabajo real de investigación y de prospección de las ventajas de cada país, ocupando uno tras otro los lugares dejados libres por las antiguas potencias coloniales. Hasta el fin del siglo, la hegemonía del capital inglés y alemán en Quisqueya, y francés en Haití, no dejó más a los estadounidenses que la porción congruente de los contrastes de equipo. Más una parte esencial de las importaciones alimenticias provenía ya de los Estados Unidos.

Después de la polarización comercial vino la era de la penetración financiera. Fue en 1874 en Haití, y en 1889 en Quisqueya, que las dificultades financieras se convirtieron en un factor de alienación de la soberanía política y territorial.

En 1872, el gobierno de Béz rentó por dos años la península y la bahía de Samaná a los Estados Unidos. La región quedó bajo el control extranjero hasta 1874. Los gobiernos de 1905 a 1907 transfirieron la soberanía sobre las aduanas del Estado dominicano a una comisión americana de control de los ingresos que sirvieron entonces para liquidar las órdenes de pago de los acreedores del Estado.

En 1910, el Banco Nacional de la República de Haití pasó al control del First National Bank de Nueva York. En 1915, en Puerto Príncipe, como en 1916 en Santo Domingo, el lobo ya estaba en el aprisco, si queremos considerar como una agresión la ocupación sucesiva de los dos países por la potencia marina estadounidense. Después de la diplomacia del dólar, empezaba la del *mazo*. Se trataba, para los Estados Unidos, de recolectar los frutos de una penetración lenta pero determinada, la cual los llevó a ocupar los sectores claves de la economía y de las finanzas, dejando en su lugar regímenes que garantizaban la legalidad del poder.

Hacia 1910, los estadounidenses tenían el primer lugar de los inversionistas extranjeros en Quisqueya, pero en Haití ocupaban el segundo, después de los alemanes.

Sin estallido de guerra, los Estados Unidos quizás no hubieran intervenido militarmente en los dos países; sin embargo, los diplomáticos alemanes eran particularmente inquietos en la zona donde pretendían competir en contra de la marina estadounidense. Después de deshacerse de España en 1898 en Cuba, y de haberse asentado en Panamá entre 1901 y 1903, los Estados Unidos no esperaron la declaración de guerra para pasar a la ofensiva: fue en la víspera de la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia (28 de julio de 1914), y un mes después del asesinato del archiduque Francos-Joseph en Sarajevo (28 de junio de

1914), que los *marines* desembarcaron en Puerto Príncipe (el 27 de julio de 1914). Se trataba de tomar posesión antes del inicio de la guerra.

Los regímenes en ambos países se valían de una doble tradición: el centralismo colonial y el caudillismo propiamente latinoamericano. En Puerto Príncipe, como en Santo Domingo, era por *pronunciación*, o por *revolución* que los jefes de Estado sucedían al poder. Entre 1804 y 1915 hubo 27 jefes de Estado (de los cuales dos eran emperadores). La República Dominicana inició el siglo XX bajo la consigna de la revuelta y la inestabilidad política. Los Estados Unidos tomaron como pretexto la inestabilidad económica que prevalecía en ambos países para intervenir militarmente. Esa inestabilidad, sin embargo, no era nueva, pero esta vez estaba motivada por la desestabilización introducida por el capitalismo entre el antiguo orden económico y el nuevo que se estaba gestado.

En Haití, la inestabilidad estaba relacionada en parte con revueltas campesinas en contra del sistema de concesiones de terrenos del Estado considerados vacíos, pero donde vivían desde hace varias generaciones, comunidades campesinas.

En el norte se produjo, alrededor de 1911, la segunda revuelta de los cacos. Bandas campesinas sin tierra tomaron las armas y sembraron el pánico en el campo que pillaban. Verdaderos ejércitos se constituyeron y podríamos dudar que se trataba de bandidos o campesinos despojados, que luchaban por el reconocimiento de sus derechos.

Cuando en 1915 los *marines* desembarcaron en Haití, fueron los primeros *blancos*, los primeros extranjeros en poner pie en el territorio desde 1804. Su llegada fue vista con alivio por buena parte de la población, y no solamente por algunos extranjeros instalados en los puertos que temían por su vida y sus bienes cada vez que las bandas armadas amenazaban bajar de las montañas. Pero no era la primera vez que los Estados Unidos ocupaban militarmente un país en el Caribe. La ocupación militar no era más que la traducción espacial de un control que ya era efectivo de las líneas de fuerza de la economía de los dos Estados.

En cien años, la situación interior y regional había cambiado mucho. Una nueva potencia había nacido en el seno de la cual las islas del Caribe empezaron a gravitar, según una órbita diferente.

Los Estados Unidos aprovecharon la inestabilidad del clima en Europa, para instalar su hegemonía. Ya en 1898, los Estados Unidos habían intervenido en la guerra de independencia de Cuba para facilitar el despegue de esa isla, así como de Puerto Rico de España. En 1903, Panamá se separó de Colombia con la ayuda de estadounidenses, los cuales tomaron el astillero del canal en mayo del año siguiente. En 1912, Nicaragua,

a su vez, fue ocupada militarmente. Había precedentes, aunque la situación de los dos países era diferente de la de otras naciones.

Desde la negativa del Senado, en 1871, de anexionar Quisqueya a la unión, los estadounidenses estaban buscando fórmulas de asociación más flexibles que la pura y sencilla colonización al estilo europeo. Puerto Rico, convirtiéndose en un protectorado en 1898, de cierto modo le había indicado el camino. Pero la situación de Haití y de Quisqueya difería de la de Puerto Rico y de Cuba, puesto que se trataba de dos Estados soberanos donde, *a priori*, los principios de la declaración de Monroe no podían servir como argumento para una intervención militar.

El proceso seguro de penetración del mercado por la infiltración lenta, antes de aprovechar las ventajas de la cercanía y la abundancia de las finanzas para imponerse a la competencia, había sido aplicado en ambos países. Los estadounidenses iban viento en popa y suplantaban a los europeos dondequiera que las necesidades de la guerra les impidían jugar su papel de potencias. Habían logrado imponer el dólar como verdadera moneda de referencia en las transacciones regionales por la toma de control sucesivo de los bancos centrales de Quisqueya (1903) y de Haití (1910).

Los estadounidenses hubieran podido prescindir de ocupar militarmente los dos países: el peso de las inversiones estadounidense era tal, el control de las finanzas de los Estados tan estrecho y la amenaza de los regímenes vigentes tan débil, que no había ningún imperativo inmediato para dar paso a una intervención militar, pero había que considerar una estrategia de largo plazo que hacía indispensable el control de esos islotes que jugaban un papel clave sobre la ruta del canal de Panamá. Los estadounidenses temían el ascenso en potencia de Alemania que, a diferencia de las otras naciones europeas, no tenía ningún pasado colonial en la zona y se encontraba, por ese hecho, en posición de espera como los Estados Unidos, sobre el tablero antillano.

A finales del siglo XIX, la marina alemana había adquirido una importancia creciente en el Caribe. Puerto Plata comunicaba regularmente con el puerto de Hamburgo, por el cual transitaban todas sus expediciones de tabaco. Los Estados Unidos miraban con recelo esa actividad comercial alemana; sin embargo, asistieron, sin moverse, a la humillación de la soberanía de Haití en 1872 y 1897, cuando dos fragatas alemanas vinieron para exigir el pago de una fuerte indemnización al gobierno, con el fin de compensar a los comerciantes alemanes cuyos bienes habían tenido averías debido a los disturbios políticos bajo los gobiernos de Saget y de Sam, respectivamente.

Tanto a grande como a pequeña escala, el desplazamiento del centro de gravedad del Caribe, de Europa hacia Estados Unidos, introdujo un

nuevo dato en la organización económica y espacial de los dos países. Sin embargo, la doble insularidad quedó como modelo de base de la articulación de los espacios haitiano y dominicano.

La isla se convirtió como una *matriochka* (muñeca rusa), cuyas diferentes esferas cabrían una en la otra, pero sin tocarse. En cada nivel de la organización espacial, la falta de articulación y de integración entre las esferas de actividad quedaba como el principio dominante de la actividad económica. Las estructuras regionales competían unas contra otras ocasionando una polarización centrífuga que favoreció la penetración de las influencias extranjeras.

Las plantaciones capitalistas se comportaron a su escala, como islas. Introducían en el paisaje económico dominicano un catalizador de mutaciones y de diferenciación en relación con Haití, por un lado y en el interior de cada país, las plantaciones acarrearón conflictos sangrientos por la tierra y desigualdades inter e intrarregionales, por el otro, que daban la impresión de una doble insularidad que repercutió a todos los niveles del complejo espacial haitiano y dominicano en la víspera de la ocupación estadounidense.